

LA UTILIZACION DE LAS EXPERIENCIAS DE CURSOS ANTERIORES

Por JUAN NAVARRO HIGUERA

Es evidente que todo acto del proceso educativo-instructivo, puesto en situación de actualidad, tiene unos antecedentes y unos consecuentes que se hallan íntimamente vinculados con el presente que tenemos ante nosotros. La trama de la escolaridad forma un conjunto cronológico en el que, lógicamente, es necesario que todos sus momentos se hallen encadenados formando un complejo orgánico. El hoy es en gran parte consecuencia del ayer, como será origen de buena dosis del mañana. Y esto tanto si consideramos el asunto de parte del alumno como si lo enfocamos desde la vertiente del Maestro.

El *continuum* que forma la etapa de una generación escolar es algo en lo que no pueden existir soluciones de continuidad que escindan sus periodizaciones temporales haciendo de ellas entes inconexos e independientes. Los cursos, los trimestres, las semanas, las lecciones... deben guardar entre sí una relación en la que todo posee esa ambivalencia de ser efecto de experiencias anteriores y causa de otras posteriores.

"La actividad escolar transcurre en un período definido del tiempo vital del alumno (infancia) y ocupa determinados períodos del esfuerzo del Maestro (cursos). Pero no es una actividad irreflexiva, falta de precisión y preparación, sino, por el contrario, una actividad pautada, reglada" (1).

Las anteriores reflexiones son premisa indispensable al tratar de estudiar un aspecto parcial de la preparación del trabajo escolar como es el del aprovechamiento de las experiencias obtenidas en los cursos anteriores. Ante todo queremos destacar esa unidad interna del proceso docente, pues de la entrada en juego de esta idea depende el que la cuestión alcance o no un sentido de verdadera trascendencia.

Si todo en la vida está sujeto a la ley de causalidad, no debe parecer extraño el que algo tan vital como la acción escolar se halle sujeto a estas mismas condiciones.

La mirada hacia atrás.

El Maestro, que tiene ante sí la función de proyección más futurista que puede haber, porque actúa sobre algo que es más realidad del mañana que del presente, no puede tampoco dejar de mirar hacia atrás constantemente. Y si esto es obligado en cualquier instante, mucho más lo es en el comienzo de curso. Esta es ocasión muy propicia para construir edificando sobre el cimiento del pasado y a llamar la atención acerca de ello tienden estas líneas.

Viejas y reiteradas observaciones nos hacen llegar a la conclusión de que todo principio de curso es

una apertura de actividad que se hace demasiado frecuentemente bajo el signo de las *primeras piedras*, haciendo poco o ningún caso de la parte de obra ya construida.

Podemos considerar varios casos:

— El Maestro es nuevo en la escuela. Niños, ambiente, organización del centro... suponen para él un mundo profesional completamente inédito.

— El Maestro sigue en la misma escuela y continúa con la mayor parte de sus alumnos.

— El Maestro sigue en la misma escuela, pero por cambio de sección, renovación grande de matrícula, arreglo escolar, etc., se halla ante un gran número de alumnos nuevos.

En cualquiera de estas circunstancias—claro es que con distinto grado de intensidad—el educador ha de tratar de emprender su nueva etapa de trabajo firmemente apoyado en la obra precedente, que le será fácil actualizar en el último de los supuestos; pero que le costará mucho encontrar en el primero, sin que por ello deba hallar excusa para descuidar la importante faceta organizativa que aquí apuntamos.

La continuidad del hacer escolar que antes se indica exige este enlace con las realizaciones precedentes que han de dar carácter orgánico y estructurado a nuestra obra. Porque sin él la acción educativa pierde ese supremo valor de empresa coherente y unificada que defiende Lombardo Radice y que tan bien expresa al hablar de la *lección*.

"Las lecciones de un Maestro determinado son también una multitud de actos educativos que deben organizarse. Cada uno debe ayudar, esclarecer a otro. El Maestro es distinto de un año a otro, de un día a otro, de una hora a otra, aunque continúe siendo el mismo; porque la vida no se repite nunca en la misma forma."

"Pero diverso no quiere decir incoherente. El verdadero Maestro intenta enseñar una lección con toda aquella frescura de ideas que le da la alegría de crear, aun cuando comunique a los alumnos la más fácil verdad, y en los alumnos suscita el trabajo mental espontáneo del que tiene, cuando aprende, la impresión de que se enseña a sí mismo. Pero, no obstante, el Maestro se renueva a cada paso y puede decirse que no enseña la misma cosa, aun cuando vuelva sobre los mismos temas. Pero en cada nueva ocasión tiene conciencia del resultado anteriormente alcanzado; no puede trabajar en el vacío. Y cada vez abarca con la mirada todo el organismo de la verdad que enseñará a continuación."

"El piensa en toda su obra espiritual; aquella que está produciendo, y la que lleva interiormente impaciente por exteriorizarse. La lección es el punto de contacto entre lo que ha creado ya y su futura creación. No es, por tanto, una *nueva parte* del curso, que haya de añadirse a las otras como se hacinan unas gavillas, sino palpitación vital."

"Si alguna vez este ardor educativo se interrumpe, todas aquellas lecciones que se suceden unidas por un nexo

(1) MAÍLLO, A.: *La Escuela Unitaria Completa*.—Publicaciones del C. E. D. O. D. E. P. 1960, pág. 449.

exterior o sin nexo alguno, sufrirán el riesgo de convertirse en un peso muerto para el espíritu de los alumnos, como algo inercial para ellos" (2).

Este mirar hacia atrás, esta consideración de la obra realizada le es necesaria al Maestro con una triple perspectiva.

a) Como base previa para soldar a ella las nuevas adquisiciones de sus alumnos, tanto desde el punto de vista psicológico—aspecto aperceptivo—como desde el ángulo del aprendizaje—conocimientos que presuponen la posesión de otros de los que dependen—, consideraciones ambas igualmente importantes.

Para dar idea de la forma de la Tierra hemos de apelar a la comparación con objetos que ya conoce el niño (apercepción). La división presupone la posesión de las otras tres operaciones.

b) Como noticia de contenidos ya desarrollados, para evitar repeticiones innecesarias u omisiones.

Es muy frecuente el caso de partes de los programas que se dan varias veces, mientras otras no se tratan ninguna.

c) Como repaso de saberes o hábitos adquiridos que deben mantenerse vivos en la conciencia o en la aptitud.

Harto conocido es el hecho de la facilidad con que los niños pierden los contenidos de aprendizaje que ha costado notables esfuerzos el instalar.

De aquí la observación, tan bien razonada, de Lombardo Radice, cuando manifiesta que al hablar el Maestro a una clase no debe tener en cuenta lo que se explicó un día, sino lo que cada alumno captó de aquello. Y expone la necesidad del tanteo sobre los precedentes cuando se enfrenta con un nuevo motivo de trabajo.

Concatenación del proceso docente.

Ya hemos hecho referencia a la unidad y cohesión interna que debe tener toda la acción del período escolar. Y se han expuesto algunas razones de tipo funcional que justifican nuestro aserto. Pero tenemos, además, otros motivos más fundamentales que refuerzan la tesis expuesta.

Estos motivos vienen determinados por la existencia de diversos cambios que se operan en los elementos con que el Maestro ha de actuar, cambios que imponen unas ciertas exigencias.

1.º Cambios en las materias de enseñanza, tanto por la introducción de nuevas disciplinas como por la variación estructural de las mismas, según los ciclos escolares. En cualquier caso es necesario el enlace con los elementos antecedentes.

2.º Cambian las capacidades y el grado de madurez de los alumnos. No es posible actuar sobre la realidad de un momento sin tener en cuenta los momentos anteriores. Lo que hoy es capaz de hacer el escolar ha de ser vivamente relacionado con lo que ayer podía realizar.

3.º Cambian las situaciones, de modo que cada acto del enseñar no es nunca igual que el que se vivió cuando las veces anteriores se impartió a promociones de otras épocas el mismo contenido de

aprendizaje. Factores imponderables crean distintos casos, en los que, precisamente por esa diversidad, hay que revivir las experiencias anteriores para poder afrontar con el debido conocimiento de causa las incógnitas que surjan en cualquier situación inédita.

Aprovechamiento de las experiencias.

Es de esperar que las anteriores líneas hayan servido para aclarar debidamente la idea que trata de exponer este trabajo. Creemos que es evidente la necesidad de que el Maestro no piense en ningún momento que cada porción de su labor es un algo independiente que puede constituirse sin afianzar sus raíces en el pasado y proyectar sus ramas en el futuro.

De una parte, obligados por ese carácter unitario y coherente que debe tener el proceso escolar, y de otra, para beneficiarnos de la influencia perfecta que tiene todo hecho vivido anteriormente. Si la *experiencia enseña*, no debe despreciar el Maestro este medio de alcanzar cada vez mejores resultados en sus actuaciones contemplando el desarrollo de las anteriores.

No siendo posible en la extensión de un artículo hacer un repertorio de casos prácticos, nos vamos a limitar a mencionar aquellos aspectos que creemos pueden ofrecer una mayor aportación a la idea que se expone:

1.º La preparación de las lecciones—que debe ser siempre algo vital y no una literatura descriptiva de la técnica operativa del Maestro—habrá de recoger en sus elementos de transcripción (fichas o cuadernos) las observaciones experienciales del educador, siendo estas notas *a posteriori* de mucho más valor que los propósitos previos que tantas veces constituyen el objeto casi exclusivo de numerosos cuadernos de preparación de lecciones.

2.º En el plan de trabajo que cada Maestro debe formular al comenzar el curso ha de reflejarse de modo concreto la experiencia anterior. Esto se materializa en el momento de elegir aquellos contenidos del programa que han de ser atendidos en la etapa que se aproxima. Una recta elección no ha de estar determinada solamente por las exigencias cronológicas del programa, sino por la visión palpitante de las fases anteriores, tanto la que respecta a los puntos desarrollados como a la situación de los alumnos respecto al dominio de ellos. No pueden señalarse objetivos que no estén claramente justificados por las posibilidades de aquellos niños.

3.º Finalmente, creemos que sería una sencilla regla de carácter práctico el que, en todas aquellas actividades que a ello se presten, se siguiese una alternancia regular y conveniente de los cursos señalados en los Cuestionarios nacionales. Siendo así que éstos se hallan estructurados en ciclos bianuales, deberían darse invariablemente el primer curso de cada ciclo en los años impares y el segundo curso en los años pares. No pretendemos con esto brindar una idea para un ajuste perfecto, pero sí confiamos en que una tan simple medida nos podía evitar muchas reiteraciones inútiles y ese fenómeno tan conocido de la insistencia sobre la unidad primera de las asignaturas con el olvido de la segunda parte de las mismas.

(2) LOMBARDO RADICE, G.: *Lecciones de didáctica*, página 114.